

Domingo Hindoyan

“Siempre tuve en la mira la dirección de orquestas”

por Ingrid Haas

El director venezolano **Domingo Hindoyan** dirigió a la Orquesta Sinfónica de Minería el pasado 13 de noviembre en el concierto que su esposa, la soprano búlgara **Sonya Yoncheva**, diera en la Sala Nezahualcóyotl. Desde los primeros compases de la obertura de *L'étoile* de Emmanuel Chabrier pudimos escuchar el depurado trabajo sonoro y estilístico de Hindoyan con la orquesta. Acompañó con elegancia las arias que Yoncheva interpretaba y dio cátedra de cómo se debe dirigir un concierto de arias de ópera, haciendo lucir a la soprano, pero también a la orquesta, en todo momento. Su elegante forma de dirigir llamó la atención del público mexicano, quien aplaudió eufórico el trabajo de la soprano y del director.

No es la primera vez que Hindoyan nos sorprende con su manera de dirigir ópera: recordemos el trabajo que realizó la temporada pasada en el Met de Nueva York, dirigiendo con brío, estilo puro belcantista y sonido brillante, las funciones de *L'elisir d'amore* de Donizetti. No por nada este joven director ha estado al frente de importantes orquestas del mundo. A partir de la temporada 2019-2020, Hindoyan será Director Principal Invitado en la Polish National Radio Symphony Orchestra.

En su reciente visita a nuestro país pudimos platicar con él, en exclusiva para *Pro Ópera*, acerca de su carrera y de cómo ve el mundo de la música clásica actualmente.

Maestro Hindoyan, ¿cómo seleccionaron usted y la soprano Sonya Yoncheva el programa con el cual harían su debut en México?

Primero que nada, es un verdadero placer debutar en México; es además mi debut en Latinoamérica, excluida Venezuela. El programa de una gala operística se construye



“Cuando no estoy trabajando, no escucho nada, me gusta el silencio”

Foto: Simon Pauly

con base en lo que la cantante quiera interpretar. A partir de ahí, el director le da forma al programa junto con ella, para decidir qué conviene. Yo agrego unas obras de orquesta sola para que luzca la orquesta y para darle oportunidad a Sonya de descansar entre cada aria, ya que son piezas muy demandantes. Son las arias más importantes de las óperas que eligió.

Para usted, como director de orquesta, que ha abarcado repertorio sinfónico y operístico en su carrera, ¿cuál es la dinámica con la orquesta cuando se dirige un concierto de arias de ópera? Hablando de este programa que hicieron usted y la maestra Yoncheva, la orquesta tiene música muy demandante y rica con las partituras de Massenet y Puccini.

Básicamente, el primer momento en que te aproximas a los músicos en el ensayo es igual a que si fuese un concierto sinfónico. Es cuando llega la voz, dependiendo del repertorio —alemán, francés o italiano— cuando debes adaptar a la orquesta al idioma musical. Eso viene también con el cantante, presente en los ensayos, ya que la orquesta cambia en cuanto escucha la voz. Es entonces cuando el director y los músicos ven el balance entre ellos y el cantante. Cuando los músicos de la orquesta entienden lo que dice la frase del cantante, ellos tocan de manera diferente. Tener un libreto es lo que hace la diferencia entre dirigir una sinfonía y una ópera.

No soy un director que hable mucho durante los ensayos, pero siempre intento dar una pequeña información sobre el aria que tocamos, que puede crear un cambio en la manera en que la orquesta toque dicha pieza.



“Tener un libreto es lo que hace la diferencia entre dirigir una sinfonía y una ópera”

¿Cuándo comienza su amor por la música y qué le hizo querer dedicarse a la dirección de orquesta?

Yo ni lo pensé, porque a los cinco años ya tenía un violín en la mano. Mi padre es violinista, retirado; en su momento fue presidente de la Sinfónica de Venezuela. Estudió en Estados Unidos, en Juilliard, y venía de una escuela importante de violín, la de Iván Galamian. Pero, curiosamente, fue mi madre, que es abogada, quien me empujó a tocar violín, el piano, a entrar en un coro, a estudiar caligrafía musical, y a estar en una orquesta.

En ese momento en Venezuela estaba el auge y el crecimiento del Sistema de las orquestas juveniles del país, que era una locura. En cada comunidad había una orquesta. Yo comencé a tocar en ellas, estudié muchísimo, pues yo quería ser violinista. En la adolescencia me entró ese virus de locura por la música: estudiaba siete u ocho horas diarias; escuchaba discos de violín... Eso sí, siempre tuve en la mira la dirección de orquestas, lo tenía en la mente desde entonces.

Mi padre tenía una colección muy grande de discos y partituras. Eran orquestales, no sólo las de violín, así que cuando estudiaba mis piezas las buscaba ahí y estudiaba todos los instrumentos. Mi madre luego me inscribió en un curso de caligrafía musical, que pensé que era completamente inútil. Pero resulta que no fue tan inútil porque, gracias a ello, pude escribir una obra que me encargó un octeto de vientos de Caracas, cuya partitura estaba en muy mal estado. Tuve que escribir nota por nota esa pieza con varios instrumentos. Aprendí la transposición, para escribir las líneas del corno, el clarinete, etcétera. Eso fue cuando tenía 14 o 15 años y me ayudó a entender a los demás instrumentos y a conocerlos más a fondo. Al final, fue muy enriquecedor.

A los 17 años, cuando comencé a tocar con la Orquesta Simón Bolívar, siempre veía al director y quería aprender de lo bueno y de lo malo. La suerte que teníamos en Venezuela al tocar en esta agrupación es que debías interpretar una obra distinta cada día.

A los 20 años decidí estudiar violín en Europa y, para ese entonces, había yo tocado las cuatro sinfonías de Brahms, todas las de Beethoven, casi todas las de Mahler y varias de Shostakóvich. Me fui a una academia en Suiza y progresé muchísimo. Ese mismo año fui a un festival de orquestas juveniles, toqué en Japón bajo la batuta de Bernard Haitink, toqué con Valery Gergiev, Edo de Waart y Fabio Luisi... Me sorprendía el nivel tan alto de estos directores. Fue entonces cuando quise ya irme de lleno a estudiar dirección de orquesta. Ya era un violinista sólido, así que me fui a estudiar dirección al Conservatorio de Ginebra.

¿Y cómo comenzó tu trabajo como director de orquesta?

Cuando comencé a estudiar dirección de orquesta se abrió ante mí un mundo completamente distinto a lo que yo había vivido en Venezuela. Tuve que tocar piano, tener una formación europea, donde tocas toda la partitura en dicho instrumento. Sufrí mucho, pero luego hasta el profesor de piano se convirtió en mi mejor amigo de tanto que nos veíamos. Me iba muy bien con la orquesta del Conservatorio.

En 2005 me aceptaron en la West-Eastern Divan Orchestra de Daniel Barenboim. Toqué en esa orquesta porque mi apellido es armenio; mi madre nació en Alepo, Siria, de familia armenia. Cuando conocí a Barenboim en un concierto que él tenía con la Chicago Symphony Orchestra en el Festival de Lucerna, me preguntó si mis orígenes eran de por

allá y me ofreció tocar con su orquesta. En esa ocasión pude tocar algo para él porque me había llevado mi violín para hacerme pasar como músico de la orquesta y que me dejaran pasar al ensayo. Mi relación profesional con Barenboim inició por el violín, curiosamente. Tocar en la Divan Orchestra fue una de las experiencias más enriquecedoras que pude tener. Fueron diez años con Barenboim: siete como violinista en su orquesta y tres como director asistente en la Staatsoper de Berlín. Fue un paseo por todo el repertorio, todas las dificultades de lo sinfónico y operístico.

Estudié cuatro años en el Conservatorio de Ginebra, donde aprendí mucho y ahí tuve un trabajo de director asistente. Me permitió comenzar mi carrera y di mis primeros conciertos como director. Vi muchos directores al ser violinista y analizaba todo lo que pasaba, tanto lo bueno como lo malo. Fui músico de orquesta varios años y creo que eso me ayudó a entender la psicología de las orquestas.

¿Cuál fue su debut como director de orquesta, ya de manera profesional?

Fue con la Orquesta de Cámara de Ginebra en noviembre de 2009; fue una fecha que me salió de último momento. Dirigí *Pulcinella* de Stravinski, el concierto para piano No. 25 de Mozart en Do Mayor con David Fry al piano, y terminé con las Danzas de Galanta de Kodály. Un repertorio exigente para un conjunto de cámara. De ahí comenzaron a salir más contratos: uno de ellos fue con la Orchestre Philharmonique de Liège.

¿Cuál fue su primera ópera?

Fue en 2011, en Austria, una ópera surrealista brasileña de Camargo Guarnieri titulada *Pedro Malazarte*. Duraba 45 minutos, en un acto. La intendente de la ópera de Graz escuchó mi trabajo con esa obra y me invitó entonces a hacer una audición, la pasé y me invitó a dirigir en su teatro. Ahí dirigí *La traviata*, *Turandot* y *Hänsel und Gretel*. Cuando Barenboim supo de esto, me pidió que audicionara para la Staatsoper de Berlín, ya que tenía más experiencia en ópera. Así fue como llegué a ser su asistente.

De esos años en Berlín, ¿cuáles son los momentos más destacados que le tocaron vivir?

Sin duda alguna, fue mi debut dirigiendo *La traviata*. Estaba muy nervioso, pues era estar frente a la Staatskapelle de Berlín, con Barenboim yendo a escuchar el primer ensayo. Todo salió bien así que me dio siete funciones, sin contar todo lo que hacía de

asistente. El año siguiente, dado el éxito que tuve, me tocó dirigir treinta funciones de cinco óperas diferentes: *La traviata*, *The Rakes Progress*, *L'elisir d'amore*, *Il barbiere di Siviglia* y el ballet de *La consagración de la primavera*. Fue muy enriquecedor hacer todo ese repertorio.

A partir de entonces, le ha tocado debutar y dirigir en varios de los más importantes teatros y salas de conciertos del mundo.

¿Cuáles recuerda con más cariño?

Unos de los que más recuerdo son mi debut en el Metropolitan Opera House el año pasado, dirigiendo *L'elisir d'amore* y el debut, en 2013, en Berlín. Otro ha sido la apertura que hice hace unos meses de la temporada de la Ópera Lírica de Chicago. Próximamente debutaré en la Wiener Staatsoper dirigiendo *Turandot*.

¿Cómo se compagina una carrera como la de usted con la familia?

Eso todavía no lo sé. [Ríe.] Creo que todo es cuestión de organización y planificación. Sonya y yo no trabajamos juntos sistemáticamente; de hecho, es muy raro que lo hagamos. A veces intentamos no estar tan lejos el uno del otro; si podemos hacer algo en la misma ciudad, cerca de la misma fecha, es mejor. El problema viene cuando ella está en Estados Unidos y yo en Europa, o viceversa. Cuando tengo días libres no puedo ir a verla a ella y a nuestro niño.

Me gustó mucho ver que usted divide muy bien su tiempo entre dirigir repertorio sinfónico y óperas. Cuando planea sus compromisos, ¿busca dividir 50 y 50 estos dos repertorios, para no hacer más de uno que del otro?

Absolutamente. No me gustaría una temporada de 90% ópera y 10% de sinfónico o viceversa. En eso sí soy muy exigente.

¿Cuáles son las obras sinfónicas y las óperas que tiene como meta dirigir en el futuro, que no haya dirigido ya?

Llamémosle, su lista de deseos por dirigir.

En ópera tengo: *Parsifal*, *Don Carlos*, *Otello* y en sinfónico tengo ya varias de ellas programadas: sinfonías de Bruckner, Mahler y Richard Strauss.

Usted es parte de una generación a la cual ya le tocó vivir la influencia de los



En concierto, con Sonya Yoncheva

medios electrónicos en la música clásica, con las transmisiones por livestream y con todo lo que se puede ver en internet de conciertos. ¿Cómo ve esta influencia de los medios masivos de comunicación para atraer a nuevos públicos a la música clásica y la ópera?

Creo que somos afortunados de vivir en esta época porque todo lo que hacemos en nuestro trabajo, desde que ensayamos hasta el concierto en una gran sala, lo pueden ver millones de personas. Es una suerte porque muchas de esas personas no pueden viajar a los distintos países a ver nuestro trabajo y, gracias a los medios de comunicación, se hace accesible para todos. Es impresionante que, gracias al internet, podemos ver conciertos que están ocurriendo en Israel, China, Australia, Argentina... Estoy totalmente de acuerdo con estas transmisiones via *livestream*.

Por otro lado, no soy de mostrar muchas cosas en redes sociales, porque creo que los directores de orquesta vivimos como en otro mundo. [Ríe.] No publico lo que hago diario, obviamente.

¿Qué planes futuros nos puede compartir?

Lo que puedo compartir es mi debut en Viena con *Turandot* y una *Luisa Miller* que voy a dirigir en el Liceu de Barcelona con dos elencos de ensueño: Sondra Radvanovsky, Piotr Beczala y Leo Nucci (quien se alterna con otro barítono el rol de Miller) y en el otro *cast* está Eleonora Buratto y Piero Prettì. Me emociona mucho dirigir este Verdi. En dos semanas dirijo mi primera *Aida* en Estocolmo; por cierto que la soprano es la mexicana María Katarava.

Como director latinoamericano, ¿le gustaría incluir más en la programación de sus orquestas a compositores de países latinoamericanos?

Sí, siempre es bueno darle variedad a un programa de concierto. No todo es estar dirigiendo Brahms. Hay que defender y difundir a los grandes compositores latinoamericanos y hacer conciertos populares que ayuden a que la comunidad conozca esta música. Me gustaría que la gente se acerque a la música sinfónica, que sea menos la distancia.

Cuando está fuera de su trabajo, ¿qué música escucha?

No escucho nada, me gusta el silencio. La música de fondo no la soporto. En verdad, el oído tiene que descansar un poco. Cuando estoy en familia nos ponemos a escuchar jazz y ahora tenemos una fiebre por la música latinoamericana, especialmente Luis Miguel. Sonya y yo estamos haciendo un viaje por los compositores y cantantes mexicanos, empezando por Pedro Infante, Armando Manzanero, luego escuchamos tangos argentinos, etcétera. También me gusta mucho bailar salsa y merengue, como buen venezolano. ●